



VOL: AÑO 1, NUMERO 2

FECHA: OTOÑO 1986

TEMA: POLITOLOGIA CONTEMPORANEA

TITULO: **Lectura política de Keynes: Los límites de la acción estatal (para prevenir el neoestatismo)**

AUTOR: *Luis Cervantes Jáuregui*

SECCION: Ensayos

TEXTO

El concepto de neutralización política que se emplea en el texto ha sido extraído de la obra de Carl Schmitt. Se refiere a la capacidad de un proyecto político -el moderno en este caso- de encontrar una fórmula general y única de absorber las tensiones sociales por sí mismo, otorgándole legitimidad a la autoridad que lo encabece y ofreciendo (y convenciendo) a los miembros de la sociedad que dicha fórmula es la solución óptima o, por lo menos, que la vigencia del orden político garantiza su materialización en un futuro no lejano. El carácter universal de esta 'visión del mundo' es la base de las promesas sociales, de las ideologías, de la legitimidad, de una ética. Sin embargo, como señala Carl Schmitt, los espacios de neutralización- ámbitos del pensamiento y de las actividades de los hombres donde reside la exitosa fórmula mencionada- no han asegurado una durabilidad más que secular. De hecho, la modernidad ha debido trasladar la sede de la neutralización de un lugar a otro acosada por los cambios de ritmo y de contenido de sus conflictos. El trabajo los límites de la modernidad parte del supuesto de que parecen haberse agotado las facilidades para que un ámbito social determinado asuma la tarea de la legitimación del orden vigente de una manera definitiva y total como era el caso de los órdenes políticos que rigieron durante la era moderna y que infundieron vitalidad a las grandes utopías decimonónicas (el liberalismo, la democracia, el socialismo, etc.), tras de las cuales no es difícil hallar un sustrato de creencias comunes (el progreso, la igualdad, la libertad, la justicia, la ciencia, etc.).

Antes que Keynes, Kelsen había buscado la neutralización política por la ruta estatal, consiguiendo abrir francamente las compuertas de esa poderosa fuente de recursos para la regulación social que había venido creciendo durante todo el siglo XIX y lo hizo, como es sabido, seleccionando los medios jurídico-normativos. Razón había para ello, si se considera que la norma válida había ganado con la modernidad el valor de una forma de cálculo de la sociedad, y si un control eficaz de ésta era el objetivo perseguido luego de los graves desajustes que durante el pasado siglo experimentó el proyecto moderno, se volvía indispensable encontrar una manera más confiable de lograrlo. Sin embargo, tal como estaban las cosas a finales de la década de los veinte la solución kelseniana aparecía deficiente.

La relevancia cobrada por el mercado a lo largo del siglo liberal obligaba a que cualquier intento de neutralización considerase la organización tanto técnica cuanto política de las fuerzas económicas; pero dicha atención no había de ser gratuita ni meramente protocolaria. Para que no ocurriese lo que sucedió con la república de Weimar el modelo de neutralización debía incluir una justificación en clave económica: si el problema provenía de la incapacidad del mercado para satisfacer las expectativas sociales

multiplicadas por la sociedad de masas, era claro que se requería una "solución" económica en primera instancia y era evidente, también, que el formalismo kelseniano no la suministraba.

La semántica de la crisis del Estado liberal estaba, pues, ganada por el lenguaje económico. El espacio de la economía había fungido como espacio neutralizador durante la vigencia del pacto liberal y ahora, para prosperar, toda propuesta política debía ganar la aceptación buscando responder las candentes preguntas económicas. Existía una dificultad adicional: había que convencer no sólo a los políticos sino, también, a los profesionales del ramo, que ya para entonces estaban organizados en una influyente y prestigiada comunidad intelectual. La tarea no era nada fácil, pues se trataba de exponer con claridad y con rigor que el meollo de la crisis estaba en la insuficiencia del mercado para hacerse cargo de la responsabilidad que se le había asignado, a saber, la distribución (y la creación) de la riqueza social.

No bastaba la indicación del lugar del problema. El discurso había de tomar una forma demostrativa. Era una tarea política para un gran economista.

Keynes no descubrió la idea del intervencionismo estatal. Como él mismo dice, tanto Bentham como el socialismo de Estado la habían postulado mucho antes. Pero la forma como estaba planteada correspondía con teorías y situaciones propias de un siglo atrás y Keynes logró formular la cuestión de acuerdo con los requerimientos de su tiempo, esto es, no como una filosofía social humanitaria o eudemonista, sino como una teoría científica; no como un llamado a la conmiseración o a la sublevación, sino como una opinión de experto cuyos motivos se pueden discutir pero cuyas razones se deben escuchar. Keynes sabía o intuía muy bien que la teoría política, para ser eficaz, para convencer, debe aprender la lengua que le permita la comunicación con los espacios decisivos, el mensaje críptico de cada fase de neutralización.

En el caso de la economía se trataba de entender, respetando la característica homegeneizadora de las relaciones mercantiles vigentes que permitían el cálculo económico y social como lo hacía también el derecho, la forma de subsanar la brecha entre necesidades y recursos sociales que parecía ampliarse cada vez más y que amenazaba todo el orden social.

Para Keynes estaba claro: había pasado ya la era de la "abundancia", caracterizada por "mucha libertad y poco control". Dicha época había sucedido a la de la "escasez" que requirió "poca libertad y mucho control".

Habíase llegado, según un tal profesor Commons, a la era de la "estabilización", la cual conlleva una "disminución de la libertad y un aumento del control" y en la cual.

"El gobierno deberá de tomar en sus manos muchos asuntos que evitaba en el pasado" [1]

La certeza keynesiana de que el mercado había dejado de ser el organismo técnicamente confiable para resolver las tensiones sociales lleva un título algo engañado: "The end of laissez-faire", puesto que una cosa es desbancar al mercado de su función central estabilizadora y neutralizadora y otra muy diferente -y errada- es negarle toda cualidad reguladora. Keynes nunca pretendió hacer esto último, tanto por razones técnicas cuanto por convicciones éticas. Otros intérpretes, keynesiano o no, pero creyendo en ambos casos hallar en la obra del economista inglés un fundamento no completamente explícito de la incapacidad del mercado, han exacerbado las observaciones críticas de aquél sin fijarse demasiado en los valores liberales que quiso mantener. Se recurre entonces a

condenarlo por sus afirmaciones tajantes ("la guerra de clases me encontrará del lado de la burguesía educada") rescatando apresuradamente sus frases hirientes respecto del *laissez-faire*, o le perdonan algunos más sus exabruptos antiliberales porque buscó, dicen, sostener el capitalismo posibilitando su transformación en el Estado del bienestar de la posguerra.

La arriesgada operación keynesiana, a saber, entregar al Estado la clave de la neutralización política implicaba atacar frontalmente la separación formal entre el Estado y la Sociedad, base del proyecto moderno. A cambio de conceder al Estado el control de los complicados mecanismos de la decisión macroeconómica lo convertía, de hecho, en uno más de los subsistemas sociales. Su condición legítimamente era ahora no ya la soberanía, sino la eficiencia. Le otorgaba el poder de la técnica pero lo sometía al fuego graneado de la crítica social y lo exponía al asalto de los intereses privados.

La defensa contra los efectos destructores de esa crítica era convertir los recursos técnicos estatales en una especie de mito, en un expediente casi mágico que garantizaría "científicamente" el bienestar. Pero si el derecho divino de los reyes había sido eficaz por ser indemostrable, la creencia en el Estado benefactor presentaba el doble inconveniente de que tarde o temprano se desvanecería al ser confrontada con la realidad adversa y de que, para agravar las cosas, esta propia fe resultaría la semilla de su debilidad, pues la confianza en la intervención económica del Estado acabaría por generar la molición de los productores, pues al fin y al cabo el Estado siempre estaría comisionado para cerrar la brecha entre la energía social y las necesidades globales. Advertencias no faltaban, pues el discurso liberal ya se había encargado durante todo el siglo XIX de calificar negativamente cualquier intento estatal de normar o de promover la marcha de la actividad económica, puesto que violentaba u obstaculizaba la libertad de iniciativa mercantil, clave, para ellos, de todo el esquema de libertades del hombre.

Por otro lado, tanto los liberales radicales como los socialistas coincidían en un punto: la promoción directa de la actividad económica por parte del Estado es susceptible de favorecer ciertos grupos privados y de perjudicar otros, o de ser orientado "artificialmente" hacia ello por la acción de los intereses organizados, los que contarían entonces con una amplia justificación para efectuar presiones y canalizar hacia algún sentido preciso los enormes volúmenes del gasto estatal. La consecuencia obvia es la negación de la imparcialidad estatal, es decir, la ruptura del Estado de Derecho por la vía de facto. No de otra forma podría ser interpretado el auxilio prestado por el Estado a ciertas fracciones del capital social, por ejemplo, a los monopolios (mediante contratos, concesiones, excensiones, compras, etc), aunque el mismo criterio puede aplicarse para juzgar el trato privilegiado hacia algunos grupos laborales en relación con otros.

En la época de Keynes parecía no haber una opción mejor, puesto que se enfrentaba al riesgo, según él, de la pérdida completa de la libertad, de la anarquía social.

Frecuentemente se dice que no se debe a la política keynesiana el éxito conquistado por los países occidentales al haber logrado al pleno empleo después de la crisis del '29, sino a la segunda guerra mundial. Pero también debiera reconocerse que las herramientas keynesianas empezaron a forjarse antes de la crisis y que siguieron funcionando muchos años después de la guerra.

Durante 1926, Keynes recordaba a Bentham: Hay servicios técnicamente individuales y otros técnicamente sociales. Estos ha de cumplirlos el Estado. Uno de ellos, el más importante quizá, se refiere al desempleo. Dice Keynes:

"Creo que la curación de estos males debe buscarse, en parte, en el control deliberado del circulante y del crédito por una institución central... Estas medidas involucrarían a la sociedad ejercitando una inteligencia directriz, a través de algún órgano de acción apropiado, sobre muchos de los nexos internos de los negocios privados" [2].

La "base filosófica" de su obra también incluye el siguiente juicio:

"No hay nada (en dichas reflexiones) que sea seriamente incompatible con lo que me parece son las características esenciales del capitalismo, esto es, ... los instintos de hacer dinero como la principal fuerza motriz de la máquina económica" [3].

Un órgano central, visto eufemísticamente como un instrumento de la sociedad, puede suministrar la racionalidad que los negocios privados, atolondrados por su egoísmo y sus cortas miras, no pueden sustituir ni generar. No se les busca reemplazar, sin embargo, por un sistema único centralizado, lo cual "ofendería nuestras nociones de una vida satisfactoria" [4]

Pero si con estas ideas podría convencer algunos insatisfechos, los economistas y los políticos necesitaban una teoría y ésta no empezó a prepararse sino hasta 1933 ó 34. Para apreciar las características del proyecto que se consolida en su obra fundamental conviene recorrer algunas de sus partes principales, lo que será necesario también para distinguir las limitaciones y las ambigüedades de la "solución" propuesta.

La Teoría general supuso un ataque directo a uno de los elementos centrales de la organización económica liberal: la actitud del ahorro. Desde entonces, todos los manuales de Macroeconomía han pasado a explicar, de entrada, lo que Samuelson denomina la "paradoja de la composición", a saber, si todos ahorran todo el tiempo, en la época de crisis y deflación (cuando se necesitaría que el consumo reactivara los negocios con sus gastos) se agudizaría el desempleo si se persiste en la receta puritana que aconseja al individuo guardar una parte de su ingreso para esperar tiempos mejores.

El ahorro sólo podría ser la contrapartida de la inversión y, por consiguiente, una parte de los factores dinámicos de la economía a condición de no significar el retiro de los recursos del circuito de los negocios en momentos en que su presencia sea necesaria.

Desde el punto de vista de la ética económica esto significa una crítica a una de las principales virtudes del "hombre económico": el ahorro. Ciertamente, Keynes proponía la ágil y atractiva figura del hombre calculador y práctico que es capaz de asumir una postura consumista o ahorradora según convenga a la marcha general de los negocios. Pero también significa someterlo a la tentación del consumo, de la cual quién sabe si la lectura oportuna de un boletín financiero le haga arrepentirse de disfrutar el consumo suntuario. En otras palabras, puede dudarse si la mentalidad calculadora puede ser una crítica eficaz de una ética hedonista en parte justificada por la santificación del consumo. Sin embargo, para Keynes, la ética económica no está ya vinculada con valores universales sino con un sentido de la oportunidad individual y colectiva en relación con el beneficio material.

La agudeza de este instinto de oportunidad debe ser una cualidad del agente económico de la era de Keynes: si hay fases depresivas (con bajo nivel de empleo y de precios) puede haber, por el contrario, ocasiones de elevado empleo y precios. No hay garantías internas de completa estabilidad, como era el caso de la teoría económica anterior. Los inversionistas tienen, entonces, un factor clave para ordenar sus consideraciones: las expectativas [5].

Keynes difiere aquí de sus predecesores y de sus seguidores. Tanto unos como otros consideran conocida o calculable la situación futura del mercado. Aquél prefiere dejarla en la incertidumbre y hace de este término una categoría económica (la primera, por cierto, en ser desechada por los modelos resultantes de la lectura norteamericana de Keynes).

La vena de la 'incertidumbre' recorre toda la teoría keynesiana. Por ejemplo, cuando define la "eficiencia marginal del capital", o sea, el concepto de interés visto desde el ángulo de la demanda de capital (los inversionistas) y no desde el punto de vista del ahorrador (la oferta de capital) lo hace en función del "rendimiento probable" de la inversión [6]. Esta situación configura riesgos para el inversionista que lo conectan con el porvenir:

"La curva de la eficiencia marginal del capital (o demanda de inversión) es de fundamental importancia porque la expectativa del futuro influye sobre el presente principalmente a través de este factor mucho más que a través de la tasa de interés (que expresa el rendimiento corriente del ahorro)" [7].

La expectativa de largo plazo está relacionada con el 'estado de la confianza' [8], donde vemos al economista inglés incursionar abiertamente en el campo político:

"Hay otra inestabilidad que resulta de las características de la naturaleza humana: que una gran parte de nuestras actividades positivas dependen más del optimismo espontáneo que de una esperanza matemática, ya sea moral, hedonista o económica... Esto quiere decir... que la prosperidad económica depende excesivamente del ambiente político y social que agrada al tipo medio de hombre de negocios" [9].

La imagen del mecanismo económico que emerge de este conjunto de tesis es contrastante respecto del automatismo optimista de los interlocutores de Keynes: los economistas liberales.

En el movimiento de las decisiones económicas Keynes introdujo pues, el elemento de las expectativas de los agentes mercantiles. Estas pasan a ser una forma de la relación entre el Estado, la política y el mercado inherente a la situación de competencia (menospreciadas luego por los teóricos del "capitalismo de las corporaciones").

Dentro de este cuadro, Keynes planteó el ataque a tres puntos medulares de la llamada teoría clásica o teoría liberal: la teoría de la moneda, la de los salarios, y la del empleo.

La primera crítica completa el sustrato de la frecuencia inestabilidad que Keynes asigna al mercado; la segunda demuestra la posibilidad de que cualquiera de los ajustes mercantiles conduzca a situaciones de compensación de "equilibrio" en donde exista el desempleo de los recursos humanos y materiales; la tercera, finalmente, establece la forma de arribar al pleno empleo mediante la promoción de la "demanda efectiva" a través de la intervención gubernamental.

Para la teoría económica de la época liberal, la moneda -mejor dicho, el dinero- no era propiamente una variable económica. esto es, escasa.

Para algunos, no existía una demanda de dinero por parte del público y no faltaba quien lo concebía a éste como una mera unidad de cuenta, prescindible de hecho, y sin influencia de la determinación de los precios, los que definían en términos relativos comprando las 'utilidades marginales' de las mercancías entre sí. Otros, más prudentes, aceptaban una cierta demanda de dinero, pero sólo aquella necesaria para el intercambio de las mercancías, y reconocían además que su compra-venta puede sufrir una escisión en el

tiempo, para lo cual se necesita contar con algo de dinero guardado. Pero, la cantidad total de dinero necesaria para la circulación de los bienes queda fijada por la masa de mercancías y sus precios relativos a través de lo que se conoce como la ecuación de Fischer o "teoría cualitativa del dinero". (De aquí deriva, por cierto, el argumento monetarista contemporáneo que atribuye a la cantidad de dinero circulante de determinación de los precios, y al excedente, el origen de la inflación).

Una vez más, Keynes cuestionó la imagen de firme estabilidad por parte del mercado que aparece en dichas interpretaciones liberales. A parte de las necesidades técnicas de 'transacción' y de 'precaución', pueden existir otros motivos para que la gente manifieste una 'preferencia por la liquidez' y demanda dinero: la especulación. Y ésta, como puede suponerse, no queda atada a ninguna certeza preestablecida. El especulador sopesa las expectativas existentes y, muchas veces, actuando en contra de ellas, modifica las tendencias esperadas. Así, la tasa de interés no resulta una "recompensa por la espera", sino una "recompensa por privarse de la liquidez" [10], un premio por correrse el riesgo de ahorrar (comprar bonos, etc.) en lugar de tener el dinero líquido en las manos.

"Es evidente, pues, que la tasa de interés es un fenómeno altamente psicológico" [11]

Estos términos, que han desconcertado a los intérpretes y a los críticos materialistas han de recuperarse con toda su significación política: el individuo económico decide, es decir, elige entre alternativas. Calcula, ciertamente, pero, en todo caso, a partir de valores puestos por él mismo acerca de los cuales no siente otra cosa que una preferencia subjetiva. El cálculo nunca puede traspasar ese velo del futuro. Habrá siempre una sombra de inquietud, de incertidumbre, máxima que las acciones de los otros, o los eventos externos son en rigor imprevisibles, con lo que en este aspecto acerca notablemente la racionalidad económica keynesiana al cálculo weberiano entendido como racionalidad política, i.e., electiva.

El "motivo-especulación" de la demanda de dinero refuerza la lista de las tendencias endógenas que proporcionan dosis de inestabilidad a la marcha económica. Esto no quiere decir, hay que subrayarlo, que dichas tendencias no encuentran su contrapeso. El mecanismo del mercado dispone de una autorregulación y de una estabilidad generales: decía Schumpeter que el sistema económico mercantil es inestable, pero el orden capitalista no lo es [12].

El examen breve de la teoría de los salarios en Keynes puede ofrecer un ejemplo de lo anterior. El punto de referencia, aquí también, es la economía liberal. Para ésta, el trabajo siempre se ofrece de acuerdo con el 'salario real' (el salario considerado como bienes-salario, no como su equivalente monetario) lo cual conduce a que el equilibrio quede determinado por el mercado de trabajo en situación óptima y estable, pues los salarios reales se suponen flexibles y variarán hasta que se consiga el máximo de satisfacción y de ganancias. Para esta forma de ver las cosas, la inversión privada o el gasto del gobierno son variables dependientes en el proceso de la consecución del pleno empleo. Pero Keynes propuso que son los salarios monetarios los que guían a los trabajadores a ofrecer sus servicios. Esto conecta el equilibrio entre oferta y demanda de trabajo con el nivel de precios (estos ya no pueden considerarse constantes como en el otro caso) el cual envía a la relación entre los mercados de trabajo, de bienes y de dinero. Ahora son posibles muchas situaciones de equilibrio entre los tres mercados. Un equilibrio "perverso" puede ocurrir y conducir a una estabilización de la demanda con la oferta tanto de trabajo como de capital de modo que no todos los recursos sociales resulten empleados.

Keynes identifica las "condiciones de estabilidad del sistema macro-económico" [13] y demuestra que la incertidumbre económica no conduce a la anarquía del mercado, sino a

situaciones relativamente permanentes de equilibrio en condiciones de desempleo de trabajo y de capital.

Esto nos lleva, de un lado, a la noción keynesiana de las crisis, y de otro, a su teoría del empleo, punto culminante de su aportación.

En primer lugar, el ciclo económico involucra el fenómeno de la crisis [14] y éste no sólo la contabilización de los activos económicos, sino:

"Las expectativas actuales respecto del futuro rendimiento de los bienes de capital" [15].

El ciclo económico se vincula con la situación en que se halle la confianza del público:

"Una vez que la duda surge, se extiende rápidamente" [16].

La recuperación, por su parte, "se alimenta a sí misma y crece" [17].

En segundo lugar el ciclo puede rematar, se ha dicho, en "baches" económicos de considerable desempleo. Pero si existe una inyección de recursos de inversión, sean de origen privado o público, puede atenuarse o eliminarse la caída en esa desfavorable posición. De hecho, los puros empresarios privados podrían resolver el problema, pero requerirían de todos modos de una guía central que orientará el volumen del capital invertido y del dinero gastado en consumo para satisfacer cuantitativamente las condiciones del punto (único) de pleno empleo [18]. En realidad, el mercado carece de ese faro propio. El gobierno ha de proporcionárselo, dice Keynes, pero también ha debido suministrarle, además del consejo oportuno, los recursos que comúnmente le hacen falta para arribar al deseado equilibrio de pleno empleo, sobre todo si se toman en cuenta cuestiones de eficiencia: la decisión gubernamental de llenar la brecha de la demanda efectiva es mucho más rápida en sus efectos que los a menudo morosos y veleidosos mecanismos mercantiles:

"Un aumento de la inversión... iniciará un movimiento de la demanda efectiva hasta que alcanzará la posición de ocupación plena" [19].

Este incentivo gubernamental, racional y contabilizable, no busca reemplazar las responsabilidades empresariales, sólo pretende complementarlas y animarlas:

"Si nuestros controles centrales logran establecer un volumen global de producción correspondiente a la ocupación plena... la teoría clásica vuelve a cobrar fuerza de aquí en adelante" [20].

Keynes se propone defender el sistema de mercado porque con ello resguarda la libertad personal. El economista inglés reconoce que el mercado tiene graves defectos y que la desigualdad es el más lacerante de ellos, pero no quiere arriesgar la existencia del individuo económico, símbolo de la subsistencia de la libertad. La garantía es resolver el problema del desajuste económico de un modo no totalitario (vale decir, socialista o comunista, según él), pero ya no completamente liberal [21].

Las últimas páginas de la Teoría general son un indicio de que Keynes creyó haber encontrado no sólo una teoría económica original, sino un verdadero mecanismo neutralizador de los conflictos políticos:

"si... las naciones pueden aprender a preocuparse de la ocupación plena con su política interna... no se necesita que haya fuerzas económicas importantes destinadas a enfrentar el interés de un país con el de sus vecinos" [22].

El resumen, puede decirse que el modelo keynesiano, si bien permitió desarrollar extensamente y en complejidad los mecanismos planificadores estables (y privados) de modo que llegó a constituirse un vigoroso sistema estabilizador que no existía antes como tal, por otro lado favoreció tanto el relativo pero creciente adormecimiento del sistema "privado", de la iniciativa empresarial, como el empleo del aparato estatal a favor o en contra de ciertos grupos (o clases) violentando con ello la separación formal entre el Estado y la sociedad. El delicado equilibrio previsto por Keynes entre la responsabilidad del mercado y la acción estatal fue siendo desplazado hacia el crecimiento gigantesco del aparato administrativo, decisonal y económico del "Estado benefactor" y hacia la vinculación entre éste y algunos intereses organizados. El Estado social asumía un papel neutralizante puesto que atendía los candentes problemas del desempleo y de la desigualdad heredados del liberalismo, pero se hallaba, en realidad, ya sólo en calidad de un agente económico más. La eficacia del dispositivo keynesiano oscureció durante algún tiempo la ruptura que Keynes había emprendido contra la separación Estado-Sociedad y por ende, contra el diseño mismo de la modernidad. Siguieron consignándosele al Estado facultades casi mágicas, cuando estaba ya sólo en posibilidades de coadyuvar técnicamente a la atención de ciertos problemas globales. El Estado Social, como solución al problema de la neutralización de los conflictos políticos modernos, mostraba sus límites.

La ambigüedad keynesiana en relación con esto mismo carga con parte de la culpa de que se haya exagerado la creencia en el mecanismo estatal como vía para superar los problemas sociales. Hay en la Teoría general tanto elementos para estimular un optimismo tecnocrático, cuanto para alimentar el pesimismo de los pronósticos estancacionistas y, a la larga, catastrofistas. No cabe duda que los primeros predominaron fuertemente en la época en que el Welfare State gobernó casi sin oposición en Europa y en América, incluyendo a nuestros países (aunque en estos casos lo haya hecho a través de la fórmula modificada por la CEPAL). Agudos observadores críticos percibieron que el mecanismo keynesiano involucraba una creciente inestabilidad generalizada pues adormecía el aparato productivo, propiciaba la inflación y favorecía el empleo ilegítimo del Estado por parte de grupos privados, todo ello atacaba la eficiencia de la respuesta estatal ante los problemas económicos y el resultado estaba a la vista: desempleo con inflación.

Para que la intervención estatal resulte útil es necesario no olvidar la lección que muestra el destino del Estado keynesiano. Todo intento de refortalecer los mecanismos del Estado Benefactor, de signo neopopulista o reformista, ha de considerar seriamente los límites de la política keynesiana: trasladar al Estado la tarea entera de la regulación económica y social es equivocado, pues a parte de crear un aparato que en nuestras latitudes resulta ya de por sí asfixiante acarrea problemas y desequilibrios que no puede solucionar por sí sólo: Keynes como recurso técnico y no como solución; el Estado como agente y no como garantía. El Estado y el mercado como sendos mecanismo restauradores (con capacidad limitada).

Si el Estado keynesiano requiere, a la larga, de restringir sus marcos de intervención para ser eficaz, más que apelar a su restauración conviene activar los resortes sociales de participación política y económica. Ellos son también mecanismos de gobierno, pero han permanecido aletargados mucho tiempo. El subdesarrollo de su acción, su dependencia, no lo son tanto respecto de las metrópolis internacionales cuanto del Estado. La tarea de controlar al Estado interventor es equivalente a la de vigilar el desenvolvimiento de los

grupos privados. Pero ésta es preferible, pues a parte de contar con la participación social, a ella se puede sumar la del Estado, descargado ya relativamente de las presiones sociales que lo cercan y convertido en un auténtico agente social. Menos tareas económicas por parte del Estado, aunque sean voluminosas e importantes, pueden ser mejor controladas por la política social, y más oportunidad hay para que la sociedad construya sus propias expresiones políticas y para que libere toda su energía y creatividad económica. El complemento del gasto social siempre será necesario, ya lo demostró Keynes, pues el mercado por sí sólo no es capaz de generar el pleno empleo estable de los recursos. ¿Cómo favorecer el gasto estatal para atender problemas sociales lacerantes, para impedir el desajuste pernicioso de la economía, sin que se ahogue la iniciativa social y privada, sin que se impida la participación política de la sociedad como forma de regulación y de participación responsable? ¿Cómo usar la política keynesiana considerando sus límites? ¿Cómo aprender a no depender de las "soluciones" estatalistas?

Son estos problemas que la discusión en el seno de la comunidad intelectual mexicana encontrará, esperamos, pronta satisfacción. Keynes sigue siendo actual, pero sus límites también. Y estos conducen a los riesgos, de los que ya tenemos clara e inmediata experiencia: el estatismo, refuerzo indudable del autoritarismo político. Todo discurso democrático que justifique la "solución" estatal perdería credibilidad si no enfrenta estas cuestiones.

CITAS:

[1] John M. Keynes (1925), "Am I a liberal?" en *Essays in persuasion*, W.W. Norton, New York, 1963, p. 331.

[2] John M. Keynes (1926), "The end of laissez-faire", op. cit. p. 318.

[3] *Ibid.*, p. 319.

[4] *Ibidem.*, p. 321.

[5] John M. Keynes (1936), *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, FCE, México, 1971, pp. 50-54.

[6] *Ibid.*, p. 125.

[7] *Ibidem.*, p. 133.

[8] *Ibidem.*, p. 136.

[9] *Ibidem.*, p. 148.

[10] *Ibidem.*, p. 155.

[11] *Ibidem.*, p. 182.

[12] Joseph A. Schumpeter, "La inestabilidad del capitalismo", en *Ensayos*, Oikos-Tau, Barcelona, 1966, pp. 72-73.

[13] John M. Keynes, op. cit., pp. 221-222.

[14] *Ibid.*, p. 280.

[15] Loc. cit.

[16] Ibid., p. 280.

[17] Ibidem, p. 284.

[18] Ibidem., p. 334.

[19] Ibidem., p. 222.

[20] Ibidem., p. 333.

[21] Ibidem., pp. 334-5.

[22] Ibidem., p. 336.

BIBLIOGRAFIA:

(Aparte de las obras de Keynes ya citadas)

Nicola Auciello, La ragione política, De Donato, Bari, 1981. (especialmente pp. 216-245).

William H. Branson (1972), Teoría y política macroeconómica, FCE, México, 1979.

Carlo Donolo y Franco Fichera, El gobierno debole, De Donato, Bari, 1981.

Alvin Hansen (1949), Teoría monetaria y política fiscal, FCE, México, 1954.

J.R. Hicks (1939), Valor y capital, FCE, México, 1974.

Paul A. Samuelson (1948), Curso de economía moderna, Aguilar, S.A. de ediciones, Madrid, 1973.

Carl Schmitt, El concepto de lo político, Folios Ediciones, México, 1985.